



CAPÍTULO VIII

LA ESCUELA-TIPO

Estamos ya en condiciones de definir los rasgos principales de una escuela que toma en cuenta las diversas exigencias del desarrollo del niño y, además, el estado general de la ciencia contemporánea. Y como ya hemos dicho lo bastante por lo que hace a la confección de programas y a los métodos que requiere cada enseñanza, ensayemos ahora a precisar las condiciones materiales de la escuela, tales como su edificio y dotación, para concluir finalmente con el examen del problema de la unidad de la enseñanza, después del extenso empeño analítico de sus diversas actividades. Para poner a funcionar la escuela, será preciso erigirle morada. La tarea del educador requiere gastos que sólo el Estado puede afrontar; por eso, en general, hablamos de sistema oficial de enseñanza. El plan que en seguida se expone fue realizado en México parcialmente, lo que se menciona tan sólo para demostrar su viabilidad.

El edificio de la escuela no debe darse a construir a otras dependencias del gobierno ni a contratistas. Debe proyectarlo y levantarlo el departamento de arquitectura del Ministerio de Educación. El estilo del edificio escolar debe ser tal que ya de por sí represente un significado de cultura. La calamidad de las construcciones escolares de techo suizo y planta ruin dejó ejemplares deplorables en nuestra arquitectura a los comienzos del siglo. En todas nuestras nuevas escuelas adoptamos el estilo colonial mexi-

cano, renovado por entonces: abundancia de patios y arcadas; naves y zócalos de azulejo; luz amplia y alegría en los interiores; portales, jardines, fuentes y bancos; sensación de seguridad y reposo.

Según el incomparable estilo derivado de la arquitectura mexicana de la Colonia, se pueden construir edificios grandes y pequeños, urbanos y rústicos, sin repeticiones y sin fatiga de las posibilidades extraordinarias de belleza. En México levantamos unas cuantas instituciones educacionales de tal índole; pero los yanquis en Arizona, en Nuevo México y en California han logrado prodigios de arquitectura escolar y civil, demostrando las ilimitadas capacidades del género.

La fantasía del arquitecto puede desenvolverse con lujo en arte tan vario y espléndido, y la exigencia de la autoridad escolar estará reservada a la planta. Se detalla en seguida la distribución de la escuela primaria titulada *Benito Juárez*, en la barriada Condesa de la Ciudad de México. Constituyó ella el primer modelo acabado que en seguida obtuvo imitación en la escuela construida en la calzada de Tacuba, por el barrio de Santo Tomás. La extensa fachada, de dos pisos, abre al centro del arco de un amplio zaguán; encima, un ventanillo con reja, decoraciones platerescas, cubren el lienzo, rematado por larga cornisa ondulada. Por la derecha y por la izquierda, sin solución de continuidad, se elevan construcciones en cuadro con ventanales luminosos, protegidos con reja de hierro en los bajos y balcón en los altos.

La puerta central da acceso a un vestíbulo que separa las construcciones laterales gemelas y distribuye las secciones interiores. Hacia la derecha y hacia la izquierda se desemboca en patios cuadrados circundados de doble galería espaciosa, claustros modernos. La anchura vasta de las galerías o corredores es de la mayor importancia, ya que marca el temple de la época. Sólidas, espaciosas y anchas construimos las galerías, en contraste con el pasillo estrecho de otras épocas.

La extensión del patio ha de ser también generosa, superando los modelos italianos y españoles, según obliga el aumento de proporciones que impone el estilo del Nuevo Mundo.

En el centro, jardines a la andaluza, con bancos de azulejos y surtidores; limoneros y jazmines armonizarán con el clima que prevalece en nuestra América, de Monterrey a Buenos Aires. En la planta baja del extenso cuadrado se establecen los talleres, los gimnasios, los servicios higiénicos y los baños, el guardarropa y el comedor. Los corredores facilitan la circulación, y por su amplitud sirven para el estudio y el paseo en días lluviosos. En tiempo bueno, los juegos se practicarán en una extensión descubierta, anexa al edificio, a fin de conservar la pulcritud del jardín. En el piso alto están las aulas, el gabinete de física, el laboratorio, la sala de dibujo, de corte, de costura. Una distribución semejante se dará al bloque destinado a los hombres. Total independencia habrá para todos los servicios, salvo que ambos grupos, el masculino y el femenino, tendrán en común la biblioteca y el estadio de las fiestas, turnándose en el uso de la piscina.

Volviendo al vestíbulo, tomaremos la pasarela que al frente conduce a la entrada de la biblioteca, cuya fachada interior amplifica el estilo de la portada. Por dentro, una alta nave y dos laterales reducidas. Barandales adecuados forman pequeños departamentos anexos a la sala central, destinada a la lectura. Al fondo, sobre una plataforma que recuerda el sitio del altar, se establecen los servicios de catálogo y de vigilancia. El dosel debió decorarse de acuerdo con el espíritu que animaba la institución; pero lo han bastardeado con un infame encuentro de aviadores y criminales. Al interior, y en una especie de trascoro, hay una sala para lectura y estudio en privado, y depósitos de libros. Adosados a los muros de la sala principal y al costado de la galería superior hay anaqueles para libros. Las ventanas altas proyectan luz natural en abundancia, para evitar en lo posible el uso de la luz artificial. Los pisos deben ser de corcho, para atenuar los ruidos. Bibliotecarias expertas atienden la sección infantil. Dan otras lo que piden los alumnos mayores. Incluso el público del barrio tiene acceso a la biblioteca. Con este objeto se establece el turno de ocho a diez de la noche.

La espalda de la biblioteca da al campo deportivo y presta apoyo a la gradería mayor de un estadio que se extiende en dos

cuerpos laterales de gradas de cemento y se cierra al fondo con el espejo largo de una piscina. Detrás, una arcada disimula casetas y servicios de baño. Bajo las graderías laterales se adaptan asimismo vestidores y servicios de higiene y duchas. En la arena, se desarrollan competencias y deportes, desfiles y danzas. Sobre un campo anexo, hacia la izquierda, se acondicionaron mesas de tenis.

El espacio central del estadio se reserva, según se ha dicho, para las fiestas y exhibiciones de conjunto. Por accesos interiores, los dos patios vacían el personal de ambas escuelas en dicho campo deportivo; pero sólo para las festividades en común, generalmente mensuales. La biblioteca y el estadio reúnen de esta manera la población escolar de ambos sexos, que por regla general trabaja separadamente.

La capacidad de la escuela que describo es para dos mil entre niños y niñas; pero el mismo plan puede reducirse o ampliarse conforme a las necesidades. Con modificaciones derivadas de la distinta clase de trabajo, la misma disposición y el mismo programa debe seguirse en la escuela rural. La biblioteca en los lugares apartados es aún más urgente que en las grandes ciudades. Las labores del campo predominan en la escuela rústica sobre los trabajos de taller. Y el deporte ganará con las ventajas que ofrece el campo. El costo de una escuela como la descrita era alrededor de doscientos cincuenta mil pesos mexicanos, o sea, en aquella época, ciento veinticinco mil dólares, sin contar el valor del terreno, que varía en cada localidad. Conviene observar que el local destinado a la biblioteca puede aprovecharse además como salón de actos y para proyecciones cinematográficas y conciertos radiofónicos, conferencias y asambleas.

Con las variantes indispensables, se puede aplicar el mismo sistema de construcción y el mismo programa a las escuelas de anormales y aun a los asilos destinados a la infancia, si se añaden pabellones habitables.

El ciclo elemental adoptado comúnmente entre nosotros es de seis años, sin inclusión de un año o dos de *kindergarten*. El primer grado es de dos años; el segundo, de cuatro. La escuela rural suele consistir de sólo dos años del primer grado. No es nuestro

propósito detallar el horario escolar, porque las conveniencias de éste varían, sobre todo en países como los nuestros, de clima diferente en la costa y en la meseta. La hora del ejercicio es indiferente en esta última zona y, en cambio, en la tierra cálida habrá que escoger las primeras horas de la mañana o las últimas de la tarde para todo lo que signifique esfuerzo físico. Para el ordenamiento de las materias habrá que seguir el plan teórico que nos viene sirviendo de base de toda nuestra exposición; por ejemplo:

- I. Las disciplinas científico-objetivas comprenden: aritmética, dibujo, ciencias naturales, nociones de astronomía y de geología, geografía, botánica, zoología, física y química, biología.
- II. Las ciencias ético-sociales comprenden: lenguaje, antropogeografía con descripciones de los usos y costumbres de los pueblos, arqueología elemental, historia de la civilización, economía doméstica, economía general, civismo, higiene.
- III. Las enseñanzas artísticas comprenden: dibujo, modelado, pintura, canto, música, baile, literatura.

Las tareas manuales se relacionan con la primera división; la cultura física tiene que ver más bien con la segunda y tercera secciones, aunque su fundamento está en fisiología. De una materia a otra, y también de una a otra rama de la enseñanza, ha de pasarse casi sin transición, haciendo nacer cada disciplina de la antecedente y manteniendo la relación constante de cada especialidad con el resto de las materias enseñadas. La unidad de un plan como el que postulamos resulta de su misma aplicación coordinada.

La conciencia, nutrida en todos los órganos con alimento adecuado, desarrolla su propio funcionamiento unitario. Cada porción del programa posee su disciplina propia. En el gimnasio conviene la disciplina espartana y en el aula ha de prevalecer la libertad ateniense. Lo que más falta hace a la escuela iberoamericana es la exigencia de mayor tarea. Nuestro natural blando requiere más que otro alguno el estímulo de una disciplina exterior severa. En ninguna parte será más funesta que entre nosotros la famosa pedagogía que observa al niño: le reverencia su santa

voluntad de no hacer nada. Pueblo que no lleva dentro de sí el capataz ha de recibirlo de fuera, porque la vida es afán arduo y no complacencia y desgana. La habilidad del educador consiste, sin embargo, en hacer insensible su dominación. Mantener ocupado al alumno todo el día, fascinándolo de modo que el trabajo se le convierta en distracción, es habilidad de pedagogo. Prolongar la tensión del ánimo es triunfo reservado al maestro capaz de sobrepujarse. Conviene evitar los períodos de inacción completa, tanto en la escuela como fuera de ella. Romper el hábito animal de la ociosidad es el primer propósito de toda educación. Esto no excluye que en la escuela y fuera de ella se juegue. El juego es un ejercicio superior que nada tiene que ver con la pereza. Lo grave es el hábito de no hacer ni soñar, pues pierde la vida misma quien deja pasar sin objeto el tesoro limitado de su tiempo. Un noble empleo del tiempo es la lección definitiva que la escuela debiera en cada caso enseñarnos. El tiempo no es oro ni es ilusión; el tiempo es la substancia misma de nuestra conciencia; dejarlo pasar en vano es cometer el suicidio parcial, inconsciente. Los bienes de la fortuna se recobran, la dicha va y viene; sólo el caudal del tiempo es irremplazable y, como dice el adagio, no vuelve. Imprima, pues, el maestro en el ánimo del alumno el amor de este caudal precioso de su ser que se pierde con las horas y que sólo se rescata dando empleo prudente a cada uno de los instantes que el destino da contados.

Si comparamos nuestra escuela hispánica con la escuela de Norteamérica y con la escuela francesa, advertimos que la escuela de los norteamericanos dedica una gran parte del tiempo extraescolar al deporte. La francesa, en cambio, abruma al alumno con *devoirs* o ejercicios que se preparan en el hogar y son presentados cada mañana en clase. Entre nosotros se exige poco en ambos sentidos. Al terminar el horario usual, maestros y alumnos parecen sacudirse un yugo y procuran no volver a acordarse de nada que signifique esfuerzo, por lo menos hasta el día siguiente. Nos pesa el trabajo y no logramos connaturalizarnos con él haciéndolo variado e interesante, convirtiéndolo en distracción y en placer. Ahora bien, no hay otra manera de combatir la pere-

za que aumentando la tarea. Nuestro hábito de esperar a tener ganas para hacer un trabajo sólo conduce a no trabajar jamás, porque abandonada a su propia gana la naturaleza vuelve a la bestia, que desconoce la noción del esfuerzo. En cambio, provocando el esfuerzo llegamos a convertirlo en hábito y también en satisfacción. En la misma labor literaria, donde se supone que es más necesaria la inspiración ocasional, no viene ésta si no la forzamos. Ya dijo, si mal no recuerdo, Zolá, que la inspiración viene trabajando. Y es esto lo que más falta hace en nuestro continente: el propósito de exigirnos el máximo de la humana capacidad. En rigor, no hay razas superiores y razas inferiores, sino pueblos que exigen mucho de sí mismos y pueblos que no exigen nada, porque se han cansado o porque nunca tuvieron nivel alto de ambición. Cuando se contempla el amor con que el norteamericano trabaja sus útiles máquinas, se comprende por qué constituye para nosotros tan formidable competidor. Cuando se ven los *devoirs* del escolar francés, resulta explicable el enorme desarrollo intelectual y científico de aquel gran pueblo. Lo que más desanima respecto de nosotros es el propósito latente en todos los ánimos de eludir el esfuerzo, defraudando la tarea.

El mejor servicio que puede prestarnos la escuela es remover nuestro ánimo desde la infancia infundiéndole ese amor de la obra que constituye el cuerpo de cada civilización. Tarea diaria cumple el organismo para mantenerse vivo, alimentándose, respirando; tarea es la vida desde que aparece, y el espíritu no escapa a la exigencia de actuar; al contrario, impone atención más amplia y alerta que la simple tensión de la naturaleza animal. Poner el espíritu a vivir de su ritmo auténtico es el propósito de la buena pedagogía y no se logra sino por vía de contagio. El maestro ha de mantenerse despierto si quiere que los alumnos emprendan con ánimo la aventura de sus propias incursiones en lo desconocido.